

Alonso de Freylas, *Si los melancólicos pueden saber lo que está por venir con la fuerza de su ingenio o soñando*, ed. Felice Gambin, Palma de Mallorca, Olañeta, 2023, 197 pp. ISBN: 978-84-7651-051-3

Ignacio Arellano

<https://orcid.org/0000-0002-3386-3668>

Universidad de Navarra, GRISO

ESPAÑA

iarellano@unav.es

[*Hipogrifo*, (issn: 2328-1308), 13.2, 2025, pp. 717-719]

Recibido: 18-08-2025 / Aceptado: 01-09-2025

DOI: <http://dx.doi.org/10.13035/H.2025.13.02.46>

En 1606 el médico Alonso de Freylas publica en Jaén su *Conocimiento y preservación de la peste*, que incluye, además de las consideraciones médicas sobre la epidemia, un breve apéndice sobre los melancólicos y la capacidad adivinatoria que algunos les atribuyen (*Si los melancólicos pueden saber lo que está por venir con la fuerza de su ingenio o soñando*), en seis folios no numerados que van colocados en distintos lugares de los ejemplares conservados del volumen conjunto, apéndice recientemente editado con gran competencia y en formato pequeño de precioso cuidado material en la editorial Olañeta, por Felice Gambin, uno de los máximos especialistas en el tema de la melancolía, como certifica su libro indispensable *Azabache. El debate sobre la melancolía en la España de los Siglos de Oro* (versión italiana de 2005: *Azabache. Il dibattito sulla malinconia nella Spagna dei Secoli d'Oro*).

Las citadas alteraciones en la colocación de estos folios, la falta de paginación, la tipografía distinta del resto del libro, y la ausencia de menciones en los paratextos preliminares hacen pensar, como sugiere Gambin, que se trata de un añadido posterior, quizá incitado por uno de los asuntos glosados a propósito de la peste, esto es, el de los distintos temperamentos —entre ellos el melancólico— afectados por la enfermedad en grados distintos.

Durante los años 1596-1610 varios importantes episodios de peste aquejan a distintas regiones de Europa: en 1602 Jaén sufre uno grave. En su remedio la tarea de Freylas fue relevante y reconocida, incluyendo el tratado mencionado que se ofrece como una guía para «lo que han de hacer las ciudades y gobernadores de ellas, y cada particular vecino en su casa, y el remedio con que se ha de preservar y curar el particular sujeto de cada uno según su complexión, edad y naturaleza».

Felice Gambin comenta, con autorizada erudición y admirable claridad, la estructura de la obra de Freylas, los sucesivos capítulos sobre los síntomas y males de la peste, las medidas de contención, las preventivas, los métodos de desinfección, etc. Tras atender a sus fuentes (especialmente el *De contagione et contagiosis morbis*, de Fracastoro, y su teoría de los gérmenes —*seminaria*—), se ocupa de las doctrinas terapéuticas que tienen en cuenta los distintos temperamentos o complexiones en el marco de la teoría de los humores, pues cada uno de ellos sufre de distinta manera la enfermedad, y por tanto puede exigir distintos medios curativos. Freylas distingue, en la cuestión que ahora nos interesa, y en lo que atañe a los temperamentos, dos tipos de melancólicos: los fríos y secos, o saturninos; y los atemperados con la cólera, que son sabios, ingeniosos y sagaces. Esta excelencia intelectual y espiritual de los melancólicos provoca las creencias en la capacidad adivinatoria, abusivas según Freylas, pero con ribetes de cierta aparente verosimilitud, pues, como escribe al propósito:

tiene tan grande excelencia esta templanza que muchas veces, con la fuerza del discurso juzgan de las cosas futuras, los sucesos por venir, teniendo tan presente en la memoria lo pasado y las especies de lo futuro [...] que parece que tienen natural espíritu profético (cit. en p. 38).

A lo que comenta Gambin:

Es quizá la perentoriedad de esta afirmación, es decir, el reconocimiento de la posible capacidad profética de los melancólicos y el deseo de evitar malentendidos lo que impulsa a Freylas a escribir el discurso *Si los melancólicos pueden saber lo que está por venir...* (p. 39).

Eludiendo digresiones sobre las ideas antiguas acerca de la adivinación, el editor repasa las opiniones sobre el argumento nuclear de la posibilidad natural de que un melancólico pronostique el futuro o conozca idiomas que no ha estudiado, reuniendo en una síntesis precisa y documentada una serie de textos y comentarios desde Platón y Aristóteles, pasando por Ficino, Andrés Velásquez y su *Libro de la melancolía*, Alonso de Santa Cruz (*Dignotio et cura affectum melancholicorum*), Torquemada, Juan de Horozco y Covarrubias, el padre Pineda o Huarte de

San Juan, entre otros autores fundamentales para este asunto y sus implicaciones, tales como la distinción de la verdadera y falsa profecía, las supersticiones, las influencias diabólicas, los límites del ingenio, etc., recordando la proliferación en la época de visionarios, beatas y ermitaños, a menudo relacionados con los fenómenos melancólicos.

En apretadas y amenas páginas Gambin comenta sucesivamente «El libro, la ciudad y la peste» (pp. 13-39), «Las prodigiosas dotes de los melancólicos» (pp. 39-64), «Enfermedad y ficción: santos, melancólicos y visionarios» (pp. 64-82), «Los libros y los *seminaria*» (pp. 83-103), y «Los colores de los sueños» (pp. 104-126), antes de ofrecer la edición del opúsculo melancólico, ilustrada con eruditas y útiles notas que explican motivos, fuentes y otras referencias.

Mundo fascinante este de las melancolías, las visiones y los sueños, al borde de la heterodoxia, en una confluencia a veces conflictiva de ciencia, superstición, religión, pervivencias de muchas viejas ideas y aparición de otras nuevas, en un caleidoscopio de tantos colores como los de los sueños que glosa Freylas, quien niega finalmente que se pueda de modo natural adivinar el futuro o hablar en lenguas que no se han aprendido, por más melancólico que uno sea, y que los casos que parecen reflejar tales capacidades deben atribuirse a la participación diabólica, pues «muchas veces andan juntas la melancolía y el demonio» (p. 156).

No deja de ser algo incoherente que Freylas haya antes justificado de alguna forma la creencia en la aptitud adivinatoria de los melancólicos temperados, sagaces y prudentes, y en otros momentos la atribuya a la influencia del diablo, asociada sobre todo a la otra clase de melancólicos, los «saturninos». Pero es difícil trazar los límites y establecer guías sólidas en un territorio tan movedizo, aunque ciertamente Gambin lo ha conseguido en su estudio y edición, con *sindéresis* propia de un melancólico de la primera clase.